



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie «La guerra en Ucrania»

Número 12

La anexión de Crimea por parte de Rusia

Aurelio Fernández Diz

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Antecedentes

La invasión rusa de Crimea en el año 2014 es una foto, una simple instantánea de la grave colisión, hasta entonces larvada, entre dos bloques de pensamiento político internacional muy distintos, alimentados ambos por una historia de guerras mundiales libradas en territorio europeo, incluida nuestra propia España que también tuvo su particular guerra civil y que resultó ser una verdadera anticipación de lo que está pasando hoy en Europa, en general, y en Ucrania en particular.

Los motivos y las consecuencias de la provocadora e injusta invasión rusa de Ucrania, precedida de la de Crimea, objeto de este trabajo, se originan en la caída de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que el actual dirigente ruso Vladimir Putin aún no ha conseguido asimilar, y que el mundo occidental celebró entonces de modo alborozado. Las repúblicas y pueblos de la antigua URSS que no consiguieron la independencia quedaron unidos, por lo que se ve para siempre, en un solo país que se llama la Federación de Rusia cuya cabeza visible es la Rusia histórica. La Federación Rusa es hoy un país dominado por la Rusia europea, por la Rusia que se localiza al oeste de los montes Urales. Algunos de los países que alguna vez fueron parte de la URSS, pero hoy son estados soberanos, incluyen a Ucrania, Bielorrusia, Letonia, Lituania, Estonia,

Moldavia, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán.



(Foto France 24h)

La Rusia europea que todos conocemos, la Rusia del noble pueblo ruso que tanto amamos por su música, por su literatura, por su ciencia, por su deporte, por su ajedrez, por su danza insuperable, por su teatro, por su cine y hasta por su heroica Valentina Tereshkova.

España nunca tuvo un conflicto abierto con Rusia y es quizá por ello que ambos pueblos se admiran, con mutua simpatía. Los ucranianos que viven en España, en cierto modo tan rusos, se sienten felices entre nosotros y no solo por lo que les estamos ayudando para soportar el horrible sacrificio consecuencia de una no menos horrible invasión sino porque se sienten bien entre nosotros, en una España, siempre de acogida hasta el límite de sus posibilidades. Lo que al mismo tiempo nos llena de una profunda satisfacción.

Podemos desear y creer que los políticos imperialistas rusos que como el presidente Putin puedan existir, absolutamente fuera del tiempo histórico que nos está tocando vivir, son una completa excepción en la vida política de una Rusia que se merece un futuro mejor, mucho mejor.

En aquel año 1991 en que cayó la antigua Unión Soviética, momento histórico que solo los que ya tenemos ciertos años podemos recordar, con no poca emoción, la Alianza Atlántica (OTAN), bastante desorientada ante una crisis sin precedentes, se mantuvo en su puesto, aunque solo fuese por puro instinto de conservación.

Los pocos países que entonces formaban parte de la OTAN, entre ellos el nuestro, siguiendo la estela de la tradicional extrema generosidad y consideración de los EEUU hacia la vieja Europa, y bajo su sombrilla protectora, enseguida se pusieron manos a la obra para adaptarse a los nuevos tiempos que se prometían tan felices. Pero, con demasiada prisa si tenemos en cuenta que la Federación de Rusia estaba absolutamente destrozada desde el punto de vista industrial y económico.

Las unidades de transformación de las Fuerzas Armadas de los países occidentales crecieron tanto como creció la pérdida de capacidades esenciales que nunca debieran de haberse perdido, en un afán paralelo a lo que se consideró entonces urgente necesidad de obtener los rendimientos de la paz para ahorrar recursos que entonces se consideraron más productivos si se invertían en las economías de los mencionados países. La capacidad antisubmarina de casi todas las armadas occidentales, menos las más sagaces y avispadadas, fue una de las primeras y principales capacidades en ser sacrificadas. Lamentablemente.

Nadie reparó entonces que una persona moderada como Gorbachov, o incluso como Yeltsin, pudiese ser sustituida por un personaje como Vladimir Putin que, sin un mínimo conocimiento de lo que es el derecho internacional y el derecho humanitario (recordemos a nuestra única y admirable Escuela de Salamanca), ni nada que se le pudiese parecer en idioma ruso, se dedicó, en un movimiento absolutamente contrario al occidental, a recuperar para Rusia las capacidades militares perdidas y el poder político que en su día había ostentado la Unión Soviética. Y pronto empezó a lograrlo a costa de la libertad y del bienestar económico del sufrido pueblo ruso que, para satisfacer las ambiciones políticas de su presidente, tuvo que hacer frente a gastos extraordinarios con una economía poco mayor que la española, en sus grandes números.

En este punto, es el momento de reconocer que el bloque occidental, aun con todos sus defectos, defiende la libertad económica y la libertad política y social de los ciudadanos que lo habitan. Muy al contrario, el bloque oriental defiende, quizá solo en la mentalidad de Putin y otros nostálgicos del pasado que puedan estar acompañándole, la dictadura en lo político, en lo social y también en lo económico. Lo que no puede ser nada bueno para el pueblo de la Federación de Rusia, en su conjunto.

Dejando de momento a un lado el caso de China, que merece un tratamiento aparte, por su importancia y gravedad, el actual dirigente ruso se muestra absolutamente contrario a la evolución que su propio pueblo está tratando de controlar a su favor, desde la disolución de la Unión Soviética, para tratar de salir, según comprobados principios occidentales, de la miseria política, económica y social. El pueblo ruso joven no quiere volver al pasado sino, antes, al contrario, quiere incorporarse al mundo occidental, al que de hecho pertenece, para vivir en paz y libertad y alcanzar, al lado, o hasta dentro, de la propia UE, el bienestar económico y la libertad que nunca tuvo. Algo que podría conseguir, sin duda, pero

al margen de sus actuales dirigentes políticos. Y esto, aun reconociendo que es muy posible que la parte del pueblo ruso que ya no es tan joven pueda estar añorando el comunismo que a muchos les permitía vivir austeramente, sin mayor preocupación, aunque fuese a costa del trabajo de otros, tal era la perversión del sistema.

La Federación de Rusia, debemos de recordar para mejor comprender la situación actual, está formada por dos grandes bloques: uno europeo, que es la Rusia propiamente dicha, que dirige los destinos de la Federación y otro que es asiático y que le da la extensión de casi un continente (35 Españas), con pueblos muy dispersos de idiomas, culturas y hasta religiones distintas. Curiosamente también Turquía tiene una parte europea y otra asiática, como España tiene también una parte europea y otra africana. Turquía y España, en el cruce de mil culturas, pueden considerarse con justicia los pilares en los que descansa, sobre un Mediterráneo común, toda la vieja Europa.

La invasión de la península de Crimea

Crimea es una península situada al sureste de Ucrania. Su ciudad más importante es Sebastopol. En 1954, la Unión Soviética (bajo las órdenes de Nikita Kruschov, que era ucraniano) la declaró parte de Ucrania. Según los datos de 2014, año de la invasión, cerca del 60% de la población en Crimea era de origen ruso y solo el 25% de la región era de origen étnico ucraniano.

El presidente Putin quiso recuperar la península de Crimea no solo por sus reservas de gas sino también porque su posesión le facilita la salida de sus fuerzas navales al Mar Negro, hasta hace poco un lago ruso. Sebastopol es la base de la Flota rusa en el Mar Negro, según un acuerdo con el gobierno ucraniano, acuerdo que ha debido de quedar obsoleto. Desde el punto de vista sentimental, ningún gobernante ruso con vocación comunista puede olvidar que fue en Sebastopol la base en la que el acorazado Potemkin se amotinó para dar lugar al comienzo de la Revolución rusa de 1917.

La invasión de Crimea en 2014 fue precedida por todas las formas conocidas de la guerra híbrida, desinformación y por la subrepticia infiltración de soldados y mercenarios sin distintivo militar alguno en la región del Donbás, la región ucraniana que Rusia aspira anexionarse reconociendo previamente como independientes a las repúblicas populares de Donetsk y de Lugansk, al parecer ambas con proclamada mayoría de población prorrusa.

La insuficiente y tímida reacción de la OTAN y la UE ante la invasión de Crimea, probablemente le sirvió a Putin de estímulo y de ejemplo, no solo para tomarles la medida a ambas organizaciones occidentales, sino también para poder prever lo que podría suceder, y de prepararse para ello, caso de seguir adelante con su preconcebida y planeada invasión de toda Ucrania. Porque muy probablemente

tampoco ambas organizaciones pudieron imaginarse que tal cosa pudiese llegar a suceder.

Durante la invasión de Crimea, cientos de soldados fuertemente armados que no mostraban ninguna insignia desplegaron por la región.



(Foto: BBC News. Getty Images)

Causas principales de la invasión

El presidente de los EEUU Barack Obama tomo posesión de su segundo mandato el 20 de enero del 2013, con Joe Biden como vicepresidente. Esta toma de posesión no debió de influir en nada en los planes de Putin de anexionarse Crimea como hizo el 13 de marzo del año 2014. Ante esta situación, Obama tuvo que «resetear» las relaciones con Rusia lo que hizo, pero solo en el campo de las sanciones económicas y las amenazas.

En enero del 2017 entra en acción Donald Trump que, por un camino distinto, vino a confirmar a Putin en su conducta de haberse anexionado Crimea y en sus planes de invadir Ucrania. Su concepto «*America first*», difundido internacionalmente, unido a sus injustificadas descalificaciones de la OTAN y unido también a una nueva visión de la estrategia naval norteamericana que empezaba a orientarse hacia el Indo-Pacífico, fue un estímulo inevitable que sin duda ayudó mucho a Putin a no contenerse dentro de sus propias fronteras, como su alma de imperialista le pedía. Y empezó la injusta invasión de Ucrania y el holocausto del pueblo ucraniano que el desquiciado Putin aun dice defender.

Si a todo ello unimos el horroroso abandono de activas y efectivas estrategias de defensa de muchos países europeos de la OTAN, España incluida, la salida del Reino Unido de la UE para poder moverse con absoluta libertad en la escena internacional en defensa de sus exclusivos intereses, no cabe duda de que todo ello se traduce en un claro reblandecimiento de la Alianza Atlántica.

En el mes de enero del 2021, Joe Biden tomó posesión como nuevo presidente de los EEUU y firmó en septiembre del mismo año el acuerdo AUKUS, una alianza estratégica militar para la región del Indo-Pacífico de los EE. UU., el Reino Unido y Australia para lograr que este último país pueda dotarse en un próximo futuro de submarinos de propulsión nuclear, pero a costa de obligar a Francia a retirarse de un acuerdo que ya tenía casi firmado definitivamente con Australia.

Todo ello pudo constituir una grave y errónea señal para Putin que pudo aprovechar su percibida debilidad de la OTAN, y del conjunto de la UE, para madurar y seguir adelante con su preconcebida idea de poder llevar a cabo, sin excesivos problemas, la injusta invasión de Ucrania, por las mismas razones que en el 2014 le llevaron a la invasión de Crimea.

Mientras tanto, Putin se permite la libertad de considerar, con inusitada osadía, una grave amenaza para Rusia y para toda la Federación de Rusia, que Finlandia, Suecia, todos los países bálticos, y todos aquellos países de la antigua URSS, manifiesten una clara intención de buscar la protección económica o defensiva de la UE y de la OTAN.

En 2014, cuando las tropas de Vladimir Putin entraron en Crimea, un primer paquete de sanciones internacionales de todo tipo, le sirvieron a Putin no solo para mejor calibrar la insuficiente determinación de sus oponentes sino para desarrollar mejores mecanismos de defensa propios, como pudo ser intentar separar la economía rusa de su dependencia del dólar.

Sin embargo, las potencias occidentales fueron más asertivas cuando un Putin envalentonado reconoció como «repúblicas independientes» a dos territorios prorrusos de Ucrania, lo que fue claramente interpretado por el occidente entero como un primer paso para una intervención más amplia. El presidente Joe Biden consideró que, con esta decisión de Putin, la invasión de Ucrania ya había comenzado.

En el año 2019, el presidente francés Macron, fiel a su propio pensamiento estratégico, confirmó su pesimista visión de la realidad europea declarando al periódico británico *The Economist* que los aliados europeos estaban olvidando que eran una comunidad de intereses comunes, que los EE. UU. se estaban alejando de la UE sin reconocer tales intereses y que China estaba apareciendo en el horizonte internacional como una potencia que no tomaba en la debida consideración a la UE.

Finalmente, el Brexit, que se ejecutó el 31 de diciembre de 2020, pudo ser para Putin la señal que le confirmaría definitivamente la debilidad y la desorientación de la OTAN y de la UE ante acontecimientos que solo podían anidar en su enloquecida mente.

Con la incorporación de Bulgaria y Rumanía a la OTAN la organización aliada avanzó considerablemente en el control del mar Negro. Al mismo tiempo, si Georgia ingresaba en la OTAN, ello supondría para Rusia ser el único estado del Mar Negro no miembro de la Alianza Atlántica. Lo que antaño había sido un mar soviético se convertiría, de la noche a la mañana, en un mar OTAN, algo muy difícil de entender para un personaje con la mentalidad del presidente Putin.



(Foto: unav.edu)

Conclusiones.

La reacción de los EE. UU., y en menor medida de la propia UE, ante la invasión de Crimea ha sido mucho menor de lo esperada por Putin. Acciones llevadas a cabo por Rusia con anterioridad habían tenido apenas la misma respuesta, lo que pudo estimular las aspiraciones territoriales del presidente ruso.

Con la incorporación a la OTAN de antiguas repúblicas independientes de la URSS, como Rumania y Bulgaria, e incluso con la posible incorporación de Georgia, se abre un frente estratégico en el Mar Negro con el que Rusia se siente especialmente amenazada.

Como consecuencia de todo lo anterior, parece claro que Putin pretende exacerbar el nacionalismo ruso para buscar un enemigo exterior que le permita enmascarar la crisis económica, política y social que arrastra Rusia desde hace ya muchos años por culpa de sus afanes imperialistas.

La invasión de Crimea representa la clara voluntad de la Rusia de Putin de mantener viva la Guerra Fría para recuperar, y aumentar, su capacidad militar-industrial que le permita reconocerse de nuevo como gran potencia ante un mundo multipolar progresivamente inestable.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022